

El silencio

ELIZABETH ARAIZA HERNÁNDEZ (Michoacán. México)

Todo, en fin, el silencio lo ocupaba.

Sor Juana Inés de la Cruz, *Primero sueño*

Todas las personas conocemos el silencio y, sin embargo, nos es difícil definirlo. El silencio es simultáneamente inconfundible e inexpresable: indecible con palabras. Es su ambigüedad la que nos hace arduo el trabajo de encasillarlo y trazar sus coordenadas. Si acaso nos sería más fácil tratar de evocarlo.

El silencio siempre está allí para ser escuchado, para sembrar o sepultar ruidos, rumores y palabras; para transitar su carácter laberíntico. Ya decía Pierre Boudot que “pocos son los que pueden hablar del silencio en el silencio” (Ramírez, 2010: 11). Quizá es la dificultad para atraparlo lo que ahora nos ocupa, cual cazadores tras su presa, sin saber que somos parte de ese ser que escapa. Es mirar que nos miramos, como un reflejo, sabiendo que ahí estamos: cercanos e inalcanzables, reales pero ficticios, certeros y efímeros. A fin de cuentas, más interesante que el silencio es su búsqueda.

Pude ver un puma y creerlo estático e inofensivo como una decoración, muy liso, sin detalles, como si no tuviera garras ni dientes, como si las curvas de su cuerpo no denunciaran elasticidad para el salto, sino docilidad y blanda disposición para alguna mano cariñosa. Por este puma no visto medité en los juegos que fueron o pueden ser terribles, no en el momento en que se juegan, sino antes o después.

Antonio Di Benedetto, *Zama*.

No existe un solo silencio. Se calla cuando se escucha al otro, se calla el artista cuando crea, cuando se va a la iglesia, cuando se reza. Se calla en la soledad, cuando se vela un muerto; el muerto calla. Se calla cuando se coacciona la palabra; en la prisión, el exilio, la vigilancia o una cuarentena. El silencio también se impone. Se calla cuando no se tienen fuerzas para hablar, callan los mudos.

El silencio siempre toma forma bajo un marco cultural y social, e incluso dentro de una situación o un juicio individual. Esto no quita que el silencio desborda cualquier categoría y se convierte no en un algo, sino en todo lo que no es y donde todo puede ser.

Para este trabajo me centraré en el silencio como lo inefable. Aquello para lo cual las palabras no son suficientes y donde los significados poco pueden hacer. A través de un acercamiento desde el enfoque del giro performativo, buscaré considerar al silencio como fuente inagotable de creación, como experiencia y espacio de reflexividad y acción. Y plantearé que es en la búsqueda y la caza del silencio, en el *intento* de expresar, definir y comunicar que se logra ampliar el espectro de posibilidades haciendo más elástico el lenguaje, permitiendo cambios y transformaciones, así como ampliando la parcela de sentimientos e ideas que rondan el mundo invisible, con el fin de complejizar la realidad de los sujetos mediante los efectos de una experiencia extrema (Díaz, 2000).

Performance y silencio

*¿Cómo nombrar con esta boca,
cómo nombrar en este mundo con esta sola boca en este
mundo con esta sola boca?*

Olga Orozco

Definir performance no es tarea fácil, pues se trata de un concepto que se encuentra en constante definición de sus fronteras.

John L. Austin acuña el término performativo en 1955 en un ciclo de conferencias titulado *cómo hacer cosas con palabras*, donde plantea, como el título lo indica, que las palabras no sólo representan o nombran, sino que hacen cosas, tienen inferencia en lo real. Resulta paradójico y hasta cómico el título de la conferencia de Austin para este ensayo, pero nos ayuda a mostrar cuál olvidado y desvalorizado está el silencio. Con esto diríamos no sólo *cómo hacer cosas con palabras*, sino también cómo hacerlas con silencios. A fin de cuentas, el silencio es también moldeador de lo real.

Ya tenemos las primeras pistas al respecto de lo performativo. Diríamos entonces que va más allá de una búsqueda de los significados y las funciones de las acciones (incluyendo las palabras). Lo performativo indaga en las experiencias y sus efectos. De ahí que rápidamente el arte se volcó al giro performativo, pues los artistas encontraron un modo de disolver sus categorías, fundirse con la vida social y destruir la muralla que les separaba del público.

Esta lectura me parece muy sugerente a la hora de enfrentarnos a lo inefable. De ninguna manera trataré de forzar la categoría performativa, más bien me basaré en aquellas características que sean propositivas en referencia al silencio.

En un acto performativo, así como en el silencio, no se trata tanto de la comprensión sino de la experiencia transformadora de dicho acontecimiento.

Y en tanto experiencia produce efectos en aquellas personas que están involucradas. Entonces, no se trata del silencio como una interpretación o representación de la realidad, estamos hablando aquí del silencio como *constitutivo, productor de realidad, y reflexivo* de la misma.

“Victor Turner basa su comprensión del término en la raíz etimológica francesa *parfournir*, que significa ‘completar’ o ‘llevar a cabo por completo’” (Taylor, 2012: 32). Nada más sugerente para el silencio que la idea de lo incompleto que espera consumirse, transformarse y expresarse, no a través de significarse sino mediante la creación de experiencias que a su vez esperan ser completadas por los diferentes sujetos; vividas en distintos modos.

En el performance no hay ficticio y verdadero, los contornos se disuelven. Debemos dejar de creer, según pienso, en que las ideas y los sentimientos no son reales, es decir, la irrealidad es real en la experiencia¹. Nos constituimos como sujetos no sólo a partir de significados, palabras y corporalidad, también de los *elementos invisibles del ser* que se materializan constantemente. Cuando vemos una película, leemos un poema, pensamos y nos emocionamos; cuando hacemos de este tiempo otro tiempo no dejamos de existir, sino todo lo contrario, nuestra realidad se complejiza. O poniéndolo del modo contrario, nuestra vida es una continua puesta en escena sin la cual no podríamos desenvolvernos; donde ficción y verdad coexisten, negocian, disputan y hacen el amor. En el abismo del silencio hay una gran dosis de ilusión que transforma nuestras maneras de habitar el mundo, de percibirlo y visitarlo. Toda idea, por más incomunicable que sea, tiene implicaciones en la osamenta del sujeto. De lo indecible pues, no se sigue una conclusión o terminación, sino la amplificación de los espacios de vida (Taylor, 2012). La importancia no radica en lo que es el silencio, sino en su capacidad de *hacer*.

“El performance -nos dice Hans-Friedrich Bormann (1999, citado por Fischer-Lichte, 2011: 156)- sólo se convierte en un objeto accesible, en un objeto al que nos podemos referir, sobre el que podemos discutir o que podemos juzgar, si pagamos el precio de su desaparición”. Hablar del silencio es, como toda palabra, una pérdida, pues abstrae toda una experiencia a un simple signo.

¹ Tomo esta noción de las clases del profesor Rodrigo Díaz.

Hablar del silencio implica hablar de lo que no es y por tanto evocar, intentar acercarse mediante lo referencial, pero jamás se podrá apresar al silencio para analizarlo y observarlo. Es cierto que nuestra vida está llena de silencios, pero éstos nunca serán los mismos unos de otros, será a partir de su repetición que se establecerá su diferencia (Araiza, 2010). Intentar hablar de lo silencioso, es decir, de aquello que queremos expresar pero para lo que no alcanza el lenguaje, implica la creación de caminos alternos que hablen sobre lo inefable sin serlo. Es la ausencia la que habla. Pero a diferencia de la palabra cuando habla de la ausencia, el silencio la habita. Son estas formas de creación las que subjetivan la vida y nos hacen no acercarnos al silencio, sino alejarnos, crear entre lo inefable y nosotros un océano oscuro lleno de misterio, posibilidades y ambigüedad. Lo provocativo es la distancia que hay entre un pensamiento, una palabra o un silencio y su entendimiento, pero la riqueza consiste en reconocer en ese espacio de incompreensión un motor de experiencias que multiplican las dimensiones de lo otro, y nos hacen un camino difícil, o quizá imposible para algún día llegar a comprender el mapa interior de la persona que calla. Ya que esa experiencia indecible no es más que una experiencia irreplicable. Nunca podremos re-vivir lo que el otro vivió; esa experiencia está perdida, desaparecida (o transformada en algo más), se habrá carcomido como el acero que se oxida, y es en ese metal marcado por el tiempo que podemos encontrar un punto de comunicación; un espacio común de encuentro.

*Son mis voces cantando
para que no canten ellos,
los amordazados grismente en el alba,
los vestidos de pájaro desolado en la lluvia.
Hay, en la espera,
un rumor a lila rompiéndose.
Y hay, cuando viene el día,
una partición de sol en pequeños soles negros.
Y cuando es de noche, siempre,
una tribu de palabras mutiladas
busca asilo en mi garganta
para que no canten ellos,
los funestos, los dueños del silencio.*

Alejandra Pizarnik, *Anillos de ceniza*.

El 21 de diciembre de 2012, alrededor de cuarenta mil bases de apoyo zapatistas realizaron lo que se conoce como la marcha del silencio. Después de un largo periodo de no salir a la escena pública, el EZLN marchó en un completo silencio en cinco cabeceras municipales de Chiapas.

A su vez, se emitió un breve comunicado:

¿Escucharon? Es el sonido de su mundo derrumbándose. Es el del nuestro resurgiendo. El día que fue el día, era noche. Y noche será el día que será el día”

Este acto evidentemente tenía una carga simbólica muy poderosa, pero fue a través de la experiencia de miles de pies marchando en un completo silencio que se hizo notar la presencia de los zapatistas. Ya lo dice Marcos:

En estos días pasados, nosotros (y no sólo nosotros) callamos. Para mirarnos dentro, para sembrarnos de nuevo, para más fuertes hacernos, para que el corazón y la palabra encontraran nuevos lugares para hacerse. Para esto sonó nuestro silencio (Marcos, 2012: 116).

Es a partir de la reflexividad del silencio que se da paso a la palabra, una palabra sembrada y pensada para comunicar aquello que no se pudo por el fuego y “el diálogo”. Pues “... un silencio que encierra al hombre en sí mismo permitiéndole así preparar la palabra para los demás. Es el silencio de la sintonía; un silencio en el que aguardamos el instante propicio para que la palabra nazca en el mundo” (Ilich, 2006: 182).

Pasaré ahora al papel que ha tenido el silencio y el lenguaje en la cultura llamada occidental, para después entrar de lleno al territorio de lo inefable.

Temor al silencio

“Lo que queremos decir y no podemos / lo cubrimos con un manto azul y transparente. / Cicatrices / donde el silencio dice su verdad / y pudre poco a poco nuestra lengua”

Eduardo Chirinos

“Cuando los griegos quisieron definir al hombre, lo llamaron *zoon lógon éjon*; lo que, en su acepción primitiva, no significa ‘animal racional’ sino ‘animal provisto de la palabra’” (Villoro, 1996: 5).

En el mundo occidental hemos creído demasiado en la voz, en la palabra hablada y no en la palabra escuchada. Nuestra filosofía ha confiado demasiado en el habla y no en el silencio.

Es la palabra la que nos dota como un ser racional y civilizado, distinto a todas las demás creaturas. Incluso nuestro mundo ha sido acotado hasta donde nuestro lenguaje llega, y fuera de eso hay un gran abismo el cual se debe evitar por el temor de dejar de comunicarnos y, por tanto, dejar de existir.

Evidentemente, y contra lo que muchos filósofos desde los griegos hasta Descartes han anhelado, el lenguaje no puede “copiar” la realidad por el simple hecho de clasificarla. Es más bien una abstracción de la realidad a través de la cual la aprehendemos, siéndonos más fácil el camino de transformarla (Villoro, 1996).

El silencio en nuestra sociedad es concebido principalmente como una ausencia o carencia con un carácter negativo. Somos una sociedad que da un privilegio a la comunicación desenfrenado, en donde emitir palabras para evitar el silencio es el principal propósito. Se trata de “una sociedad intensamente comunicante pero escasamente reunida” (Breton, 1995, citado por Le Breton, 2009: 4).

Por tanto, el silencio se concibe como un error o un fallo de la transmisión. La comunicación resulta ser la salida para todos los problemas de la modernidad, y por tanto el silencio es visto como un enemigo a vencer.

El silencio en todo caso implicaría entropía. En nuestra sociedad el habla lo abarca todo, es la palabra que mucho se dice y poco significa, pero que tiene como función no dejar espacio al silencio. “Pero hablar no basta, nunca basta, si el otro no tiene tiempo para escuchar, asimilar y responder” (Le Breton, 2009: 3).

En la lengua Tojolabal existen dos términos para referirse a la palabra. *k'umal*, para referirse a la palabra hablada, y *'ab'al*, para referirse a la palabra escuchada. Es decir, para las y los tojolabales, a diferencia de otros idiomas, se contempla la palabra como hablada y escuchada. En lugar de decir *yo te dije*, dicen *yo te dije, tú escuchaste*. Claro que esto no corresponde a un simple uso terminológico, se refiere a una concepción del mundo y de las relaciones, así como de la importancia de escuchar; a silenciar para dar paso al otro y dar paso a una relación de colectividad y encuentro (Lenkersdorf, 2008). No es casual, desde esta perspectiva, que los zapatistas hayan comenzado su comunicado de la marcha del silencio con un *¿Escucharon?*

El silencio, en tanto performativo, es también contextual, pues la fuerza de marchar en silencio sólo funciona en el marco de un lenguaje saturado, he ahí la fascinación y conmoción experiencial que causa una acción de ése tipo.

Dentro de esta cultura del verbo, en “un mundo entregado a la palabra” (Le Breton, 2009: 4), el silencio pone la realidad en suspenso, es como si el tiempo se detuviera, pero es más bien la escucha de nosotros mismos, el espacio de reflexividad que pone en jaque la superficialidad y empieza a emitir ecos y profundidades abismales. Somos una sociedad que siempre toma iniciativa y no se detiene a percibir y escuchar lo otro. Siempre hemos querido capturarlo todo para tenerlo bajo nuestro control, y es que la información es un arma letal en el mundo contemporáneo. Lo cierto es que al silencio sólo se le ha dado cabida como lugar para la pasividad, como muestra de sumisión y opresión, y poco se han visitados sus cualidades creativas y hasta autocríticas. Porque uno se pregunta ante tal velocidad de la vida, cuál es el momento de pararse a reflexionar y no sólo producir y producir tiempo, sino complejizar el ya presente.

No es posible representarse un mundo en el que sólo exista la palabra, pero sí podemos representarnos un mundo en el que sólo exista el silencio.

Max Picard, *Le monde du silence*

Lo inefable

“Ahora las sirenas disponen de un arma todavía más fatídica que su canto: su silencio. Y aunque es difícil imaginar que alguien pueda romper el encanto de su voz, es seguro que el encanto de su silencio siempre pervivirá”

Franz Kafka

*Deseaba un silencio perfecto.
Por eso hablo.*

Alejandra Pizarnik

La comunicación a la que tanto valor le hemos conferido no es transparente. No es porque yo emita una palabra que esta va a ser escuchada en sonido e intención. Diría con Ilich que “Es mucho más lo que un hombre retransmite a otro a través del silencio que a través de las palabras” (Ilich, 2006: 180). El silencio, por el contrario de lo que se podría pensar, no está vacío, sino todo lo contrario, es un espacio esperando ser habitado; un infinito confinado.

La palabra y el silencio no son opuestos, es a partir del lenguaje que se configura el silencio y viceversa. Simplemente hay que pensar que lo inefable es la tensión entre lo que se quiere decir y la insuficiencia del habla para expresarlo. Pensemos en alguien que vivió la experiencia de los campos de concentración. ¿Cómo comunicar aquello que ya fue vivido y que no se puede atrapar y mostrar tal cual? He aquí un problema universal: el de expresar lo que no puede ser pensado. Es un problema que ha comprometido la atención apasionada del hombre ritual en todos los lugares y en todas las épocas. Es un problema que, además, ha confrontado a artistas, músicos y poetas al margen de sus inclinaciones estéticas y sus costumbres sociales (...) De este modo, el hombre extiende continuamente los límites de lo que se puede decir por la contemplación activa de lo indecible (Turner, 1996, citado por Díaz, 2000: 66).

Podríamos comprender este *problema* como uno de los motores de cambio fundamentales y una de las batallas libradas a lo largo de la historia: la de intentar comunicar nuestros mapas internos.

Cuando la palabra se oculta en el silencio se crean resonancias inefables, se develan detalles que evocan pero que nunca delinear. No definen algo, sino que hacen más amplio el campo de lo indefinible. No se trata, según propongo, de lograr una unión comunicativa perfecta, sino de multiplicar la complejidad de nuestra experiencia tanto individual como colectiva dentro del mundo.

Es a partir de estas fronteras estrechas que han surgido los grandes poemas, películas o libros, donde se trata de impregnar el mundo invisible en el visible. Materializar y acotar lo infinito. Ya se ha dicho que la poesía es un intermedio entre lo irreal y lo real; es ese vestigio de lo que alguien ha intentado plasmar sin tomar el bloque directamente, sino esculpiéndolo con las herramientas que tenemos a la mano y con las cuales se puede aludir algo sin tener que serlo. De ahí se desprende la idea de la vida como dramatización o como una visita a lo real.

Lo inefable es lo que evoca. Lo importante pues, no es lo que se dice, sino lo que se deja de decir; aquello que se silencia pero que alude. “Recordemos que la alusión, en su etimología (alludere), remite al juego, a la diversión y aún a la broma, su connotación apunta a la idea de entablar con alguien o con algo un vínculo lúdico (ludus), a su vez el juego es levedad, debido a su condición siempre lateral y sugestiva, en contraposición a lo serio que es irremediablemente literal, solemne, grave o severo. Decimos que hablamos en serio, por ejemplo, para que lo dicho sea tomado al pie de la letra. De tal forma que la alusión es el más allá de todo lo que puede ser dicho” (Ramírez, 2010: 32).

La palabra pues, es un eco de algo más profundo, es siempre nostalgia de algo perdido o con lo que no tenemos un vínculo superfluo. Sería muy bello entonces considerar la palabra antes de ser pronunciada como sugería Mearleau-Ponty, entender esa palabra como algo que surge y muere en el silencio y que se levanta como una montaña desde las profundidades de la tierra. Es por eso que la metáfora es tan poderosa, porque dice algo sin nombrarlo tal cual, sino aludiendo a ello pero con otras palabras.

De todo lo anterior se desprende el valor que trato de conferirle al silencio como algo que dice lo que las palabras tratan en vano, y a lo que incluso habría que considerar como una epistemología; una forma que si obtuviera un valor aportaría otra forma de percibir el mundo y conferiría otro estatus a aquellas personas que son juzgadas dentro del marco occidental del verbo por ser calladas e inexpresables, es decir, según esta línea: inexistentes.

La fuerza del lenguaje está en lo que no ha podido expresar. Ya decía Robert Bresson que es el cine sonoro el que inventó el silencio. Pues bien, ahí está la belleza y grandeza de lo inefable que, aunque no siempre remite a experiencias positivas, sí muestra uno de los elementos más poéticos del ser humano: pensar en todo aquello que jamás ha sido dicho y escuchado, pensar en todas las cosas que se han perdido no en un mal sentido, pues sería contrariar la riqueza de lo inefable el pensar en un mundo donde todo estuviera dicho. Hay en todo esto una suerte de agencia del sujeto, de posibilidad de elección y de oposición al destino. Hay también, la pregunta flotante de por qué se ha escogido decir tales cosas sobre otras y de qué formas.

Vayamos más lejos aún y no nos quedemos sólo con la incapacidad del lenguaje, sino con la incapacidad de pensar algo. Esas ideas que a veces nos distancian de los otros porque no pueden concebirlas así como nosotros nos alejamos de los pensamientos de los otros.

Lo indecible no significa algo ajeno al intelecto sino todo lo contrario. Lo indecible amplía el espectro creativo y confronta el régimen racional: plantea retos para comunicar aquello que rebasa el lenguaje y constituye no sólo una fuerza motora para la creación y el cambio, sino que abarca los mundos solitarios de las personas, aquello que nunca podrá ser conocido pero sin lo que los individuos dejarían de comunicarse. Lo indecible es también muestra del ser humano como ser social y colectivo: aquellas ideas que uno no tiene pero el otro sí, o las ideas que uno tiene pero no ha podido expresar mientras en otro lugar del mundo hay otro pronunciándolas con tanta soltura.

¿Cómo vive cada persona la experiencia silenciadora? ¿Qué se asoma de cada persona o sociedad? El silencio es un devenir, y el intento de comunicar más que una necesidad habría que entenderla como un artefacto de creación y una herramienta de cambio, reflexividad y experiencia.

Revaluar el silencio significaría revaluar a las personas que no encuentran en el lenguaje una herramienta comunicadora.

¿Cómo nos narramos? ¿Cómo ayuda lo inefable a constituirnos como sujetos? ¿Somos más lo que no somos?

El silencio y la palabra ayudan a editar nuestro entendimiento y percepción. El silencio claro, no es un signo, sino una continua posibilidad de significar. El silencio más que un elemento del lenguaje es toda posibilidad de éste. De tal suerte que el silencio es capaz de comunicar varias cosas a la vez, y ese es su poder, de decir lo que otros elementos no dicen, o de no decir quizá.

Me gustaría concluir diciendo que el silencio no es algo palpable, más bien, es aquello lejos de pertenecernos, pero como todas las cosas pasa por un filtro perceptivo. Por tanto, el silencio no es mutismo, de hecho el mutismo total no existe, por el contrario hay un perpetuo rumor en el tiempo y espacio que resulta incansable; un murmullo que no da pie a un silencio total. Pero es que imaginemos que insoportable resultaría la ausencia total de cualquier sonido. Siempre necesitamos escuchar algo, aunque sea el palpitar de nuestro corazón o las voces internas que nos acompañan. Diría entonces, que el silencio más que algo real, es una idea. Una idea que bien puede suceder en medio de un espacio de completo ruido.

“Llenar el mundo de palabras no es suficiente” (Le Breton, 2009: 169).